
"No me gusta que me aplaudan porque nunca sé qué hacer con los aplausos"

The Washington Post dijo de él hace algún tiempo que "dirigía con moderados gestos que reflejaban cada matiz de la frase musical y un absoluto control de cada sonido. Su dirección fue, en verdad, la de un virtuoso". Sin embargo, humilde, vital y austero como lo ha sido durante toda su vida, el maestro Cristián Hernández Larguía busca incansable en sus ochenta años de vida una frase que lo defina y finalmente la encuentra: "He sido muy bolichero y me gustaba mucho quedarme hablando hasta la madrugada en los bares", relata risueño, como si ese concepto le resultara el correcto para dar una imagen acabada de sí mismo.

De deformación autodidacta, Larguía empezó su actividad como director a comienzos de la década del cuarenta, es decir, hace más de sesenta años. En 1946, obtuvo el cargo de director del Coro Estable de Rosario, mientras que en 1962, fundó el emblemático Conjunto Pro Música de Rosario. "En general, la idea del Instituto –siguiendo la corriente europea–, es que la gente común se forme en el arte, independientemente de la carrera que decida realizar en el futuro. Es decir, que aunque el día de mañana sea ministro o contador, haya tenido una formación musical", ha dicho en numerosas oportunidades Cristián Hernández Larguía del Promúsica, integrado por el Promúsica Antigua, el Pro Música para Niños, el Pro Música Barroca y la Orquesta de Cámara. También coexisten en esta institución, un grupo de estudios orquestales, un grupo de canto gregoriano y, hace muy poco tiempo, se ha creado la Orquesta Infantil de Cuerdas.

Este año presenta una serie de particularidades para el maestro Larguía, y es que cumplirá nuevos aniversarios al frente de las diversas instituciones que lleva adelante: conduciendo el Coro Estable festejará sus 60 años, dirigiendo el Promúsica serán 40 y 30, al frente del Instituto Promúsica. De este y otros temas habló con El Ciudadano.

—¿Cómo fueron sus comienzos?

—Nací en Buenos Aires, en las barrancas de Belgrano, justo al lado del tren. Este parece un detalle circunstancial, pero me marcó porque he tenido un gran amor por los ferrocarriles. Muy particularmente por los ferrocarriles a vapor, y todavía, aunque esto parezca un signo de vejez retrogrado, sigo entusiasmado por las locomotoras a vapor y en contra de las locomotoras Diesel. Esto es muy importante para mí, tanto es así que en una época hice modelismo ferroviario. Tengo una cierta relación con la Asociación Amigos del Riel y muchas de las cosas que he hecho están expuestas. Un gran orgullo para mí.

—¿Cómo comenzó a interesarse por la música?

—De muy chico, casi siendo un bebé, mi padre, que era arquitecto, decidió venir a Rosario para establecerse en su profesión. Siempre tuvo su estudio en la casa en la que vivía por lo que yo, que era muy compañero de él, estaba todo el día en el estudio. Estamos hablando de 1924 o 25, y él trabajaba con vitrolas y esos discos que duraban tres minutos. Inclusive, uno de los empleados tenía por función tener la vitrola siempre en funcionamiento.

—¿Tenía discos que prefería por sobre otros?

—Sí. Mi padre me hizo como de tarima para que yo tuviera acceso a la vitrola y pudiera poner los discos que a mí me gustaban. Entre esos discos, sin ninguna duda, el preferido era un disco de coro de cosacos del Ural. Otra de las cuestiones era que mi madre cantaba muy bien. Era muy común que, en la sobremesa, después del almuerzo, cantáramos con mi hermano y con mi madre. También cuenta él, que es menor que yo, que en el asunto de la vitrola yo le hacía dar vuelta la manija y ponía los discos.

—¿Y cómo llegó a la música clásica?

—La primera obra que escuché fue Concierto para dos violines y orquesta de Johann Sebastian Bach. Era mi obra preferida, prácticamente me la conocía de memoria, y recuerdo que había una tía que se divertía mucho haciéndome cantar esa obra. Y en un chico esto era una rareza porque era una obra bastante compleja.

—¿Qué otra cuestión cree que influyó para que llegara a florecer su afición por la música?

—Factor muy determinante es el hecho de que fuimos al Colegio Alemán. Allí se cantaba desde los grados inferiores y el

coro del colegio tenía de 3 a 4 voces. Evidentemente, tenía un cierto nivel por que nos presentamos en el Teatro Colón de Buenos Aires.

—**¿Qué pasó más adelante?**

—Mi casa era de esas de puertas abiertas. Era muy común que los domingos, a la hora del té, nos visitarán amigos. Después de tomarlo, nos poníamos a cantar o a tocar el piano, leyendo obras clásicas e improvisando. Tiempo después, me acerqué a la Asociación Cultural Inglesa donde conocí a Sebastián Soler, que era un penalista miembro de la Suprema Corte, cuando pertenecer a la Corte era un signo de reconocimiento, y excelente guitarrista. Él me hizo conocer una cantidad de obras de Bach y me invitó a hacerme cargo de la sección Música de la Cultural Inglesa, que en aquellos tiempos era muy importante, ya que desde Inglaterra a través del Consejo Británico enviaban mucha discografía, libros, partituras.

—**¿A qué obras podía acceder?**

—Por ejemplo: música medieval ejecutada en los instrumentos originales, música del Renacimiento inglés, cosa sumamente valiosa para una ciudad donde el movimiento musical, en ese sentido, era prácticamente inexistente. Allí, a los 19 años, formamos un grupo de madrigalistas para cantar madrigales ingleses y me eligieron como director.

—**¿Cómo llegó a participar en el Coro Estable de Rosario?**

—En 1942, cuando se fundó el coro, Alberto Muzzio me invitó a participar. El coro hizo un aporte cultural muy importante a la ciudad ya que de entrada, comenzó realizando una cantidad de obras sinfónico-corales que no se habían hecho. Comenzó con el Requiem de Mozart, que en aquellos tiempos era desconocido en Rosario.

—**¿Cómo llegó a dirigir el coro?**

—En un momento, el coro quedó acéfalo porque el maestro que teníamos, que era alemán, se volvió a su país. Como yo tenía algunos antecedentes me propusieron como director y aquí estoy.

—**Pero continuó interesándose por la música antigua...**

—Por toda esta influencia de la discografía y las partituras de la Cultural Inglesa, me siguió interesando la música antigua tanto del Renacimiento como de la Edad Media. Otro detalle es que mi profesora de piano, que era italiana, tenía un clave.

—**¿Cómo surgió Promúsica?**

—Yo había mantenido ese interés por la música antigua, pero sin poder concretarlo porque no existían en Rosario ni en la Argentina los instrumentos necesarios para hacer esa música. En 1962 era posible adquirir algunos instrumentos y formamos el Promúsica.

—**Y la actividad se fue expandiendo...**

—El Promúsica comenzó a agregar actividades a la función primordial, que era la de realizar música antigua y fundó un instituto de enseñanza musical.

—**¿Cuál ha sido el concierto que más lo emocionó?**

—La primera vez que actuamos en el Teatro Colón, con la Orquesta Sinfónica Nacional, dirigida por el maestro Juan José Castro —uno de los más grandes directores argentinos—. Era la primera vez que un coro del interior actuaba en el Colón junto a la Sinfónica. Y era un coro de Rosario. También, cuando actuamos con el maestro Pau Casals, que era una figura que excedía lo puramente musical. Además, hemos organizado conciertos con cosas bastante insólitas: con el Grupo Vocal Argentino, de música popular o de jazz, y con el Mono Villegas.

—**¿Por qué decidió vivir en Rosario?**

—Porque me siento cómodo. Aunque Rosario es una ciudad con dos M y una C: una ciudad bastante mezquina y mediocre, pero al mismo tiempo contradictoria. Hemos tenido experiencias horripilantes, como por ejemplo, que la primera vez que fuimos al Concurso Internacional de Arezzo, nos prometieron su apoyo una cantidad de empresas para poder viajar. Nosotros nos metimos en el proyecto y cuando volvimos nos dijeron: mucho gusto y si te he visto no me acuerdo. Y tuvimos que recurrir a ponernos en empresarios para poder pagar los gastos del viaje.

—**¿Por qué, a pesar de estas desavenencias, se quedó?**

—Soy demasiado pancho, no me gusta moverme. La razón más importante es que Rosario tiene virtudes que implican

esa contradicción. Es una ciudad que tiene una cantidad de hechos culturales que son el resultado de la actividad privada: por ejemplo, sus dos teatros, El Círculo y el Astengo, financiado por sus dos fundaciones, que por suerte no son oficiales. En realidad, también me quedo, porque en Rosario no existen, como en Buenos Aires, los distintos grupos de músicos que se odian, se envidian, se combaten y se mueven el piso. Acá, hice, durante toda mi vida, lo que creí que tenía que hacer, sin importarme lo que hacen los demás.

—**¿Cuál es la función del director?**

—Un director solo, no existe. Existe gracias a la gente que lo acompaña. Debe tener un criterio, y no sólo por la gente que tiene ganas de cantar, sino por la que lo acompaña en seguir una línea, en tener una filosofía similar que le permita al director realizarse.

—**¿Se siente un prócer de Rosario?**

—¡No, por favor, de ninguna manera!. No me gustan los próceres. Lo que haya hecho, ya que sería totalmente absurdo pensar que no hice nada, evidentemente es porque tuve la suerte de ser longevo, pude hacer algo durante 80 años. Pero todo lo que pud realizar es gracias a la gente que me acompañó. En Promúsica hay gente que, desde 1962, todavía trabaja conmigo. Es mucho tiempo...

—**Lo planteaba por el respeto que merece su labor...**

—Sí, pero hay que reconocer que primero he sido reconocido en Bs. As., y eso que odio a los porteños porque siempre digo que soy porteño pero que es una desgracia como cualquier otra, aunque sea un rosarino furibundo. Por ejemplo: fui reconocido por la Municipalidad de Buenos Aires antes que en Rosario. Me dieron un título bastante rimbombante que se llama Gloria de la Cultura Nacional. Recién después de que me otorgaron premios fui reconocido como Ciudadano Ilustre por la Municipalidad de Rosario.

—**¿Cuáles son las piezas que prefiere?**

—Me interesa la música folclórica africana, la hindú, la tibetana, de la misma forma que me interesa el folclore español, escocés, galés, irlandés o inglés. Y naturalmente el latinoamericano o el argentino. Siempre he dicho que me interesa toda la música que sea auténtica y esté bien interpretada.

—**¿Escucha rock & roll?**

—No, muy poco. Me parece que es la decadencia de la música que por otra parte está mal llamada popular.

—**¿Por qué cree que no es popular?**

—Porque está popularizado por los medios masivos de comunicación. Carlos Gardel era popular en su época y sigue siendo popular en nuestros tiempos. Los grandes éxitos del rock, dentro de 20 años, van a desaparecer. El rock es música para el momento, es un fenómeno del siglo XX, de cómo se puede imponer algo a través de los medios. En Córdoba, podemos decir que el cuartetazo es auténticamente popular porque hay un núcleo de la población que consume esa música y no porque se lo hayan impuesto, lo viven y lo sienten de esa forma.

—**¿Y con relación al tango?**

—El tango, junto con el jazz, es un género popular. Soy un gran admirador del jazz e inclusive ha influido en la música académica. Hay compositores, como es el caso de Ravel, que han tenido influencias marcadamente jazzísticas u obras como El concierto de ébano, de Stravinsky, que son puro jazz. Y lo mismo sucede con el tango.

—**¿Considera a la música clásica un género popular?**

—En este momento hay una necesidad, por causa de la TV, que la música deba estar acompañada por una imagen. Tal es así, que las comedias musicales rebosan de éxito. También, ¿cuál es la propaganda que hacen los grandes grupos de rock? Que ellos consumen no sé cuántos vatios por conciertos y que el traslado de sus equipos pesa no sé cuántas toneladas. Por otra parte, dentro de unos años, no van a existir más las orquestas sinfónicas debido al poco apoyo de los sponsors y del Estado. Es un fenómeno y no se ha alarmado lo necesario para revertir este proceso.

—**¿Qué significa para usted la música?**

—Una tía me dijo una vez: "El día que vos dejés la música, te morís". Y es cierto, es mi vida y es más que una pasión. La música para mí es todo, es lo que me mantiene vivo y además, creo firmemente que hay mucha gente que no cree que yo tenga ochenta años, que el movimiento de la dirección es al fin y al cabo, un ejercicio. Hay un estudio norteamericano que

dice que es raro que los directores mueran por problemas cardíacos, ya que el braceo natural de la dirección ayuda a mejorar la calidad de vida.

—¿Cómo se imagina que hubiera sido su vida de no haberse dedicado a la música?

—Cuando yo era chico quería ser maquinista de ferrocarril.

—¿Cuál es el lugar de la ciudad con el que más se identifica?

—Conozco todos los boliches de Rosario y de los que ya no existen más también, como La Internacional, El Chaco o El Blanco. Tengo una larga vida de bolichero pero ahora, con mi actual mujer, me tranquilicé. Además, he cumplido ochenta y eso lo tranquiliza a uno en forma automática (risas).

—¿Cuáles son sus proyectos?

—Festejar todos los aniversarios. Iniciamos con el Coro Estable, un concierto con la Sinfónica, haciendo el Requiem de Mozart. Con el Promúsica, en Semana Santa, acostumbramos hacer conciertos de la misma forma que en Navidad donde hacemos participar al público, que es invento de Rosario.

—¿Qué anécdota podría rescatar de sus sesenta años de carrera?

—Hace poco estuvimos en la catedral de San Isidro haciendo la misa en sí menor de Bach. Yo había pedido al público, para que no aplaudieran. A pesar de que no soy religioso, prefiero que no aplaudan cuando el concierto es de música religiosa realizado en una iglesia, y puedo agregar que en general no me gusta que me aplaudan porque nunca sé qué hacer con los aplausos, es una cosa que me sucede inclusive en el teatro. Terminamos la misa y la gente comenzó a aplaudir, entonces hice levantar primero a los solistas vocales, al líder de la orquesta y en un momento determinado digo: “¿Quién falta?” Y una de las mujeres me dice: “Usted”.

“Hay que hacer lo mejor, de la mejor manera posible”

Consultado por El Ciudadano acerca de la actual situación de la Argentina, Cristián Hernández Larguía consideró: “La situación de nuestro país, que la conozco de cerca porque me he preocupado y además hay que tener en cuenta que yo le pedí a mi padre que me sacara del Colegio Alemán cuando se inició la nazificación de la escuela, y sólo tenía diez años, tiene que ver con que desde muy chico he estado atento a la política y odio a los políticos porque son totalmente insensibles y no han aprendido nada. Los que creen que se produjo una reacción en el pueblo por los cacerolazos, y no hay que olvidarse que la clase media es la que lleva adelante los cacerolazos, tienen que recordar que es por que les tocaron el bolsillo. La clase media no reacciona cuando los niños mueren de hambre y no sé cuánta gente vive en extrema pobreza. Sólo les importa cuando les tocan el bolsillo y hay que tener en cuenta que si abren el corralito, las protestas van a ir en vías de extinción”.

Larguía destacó además que su visión de los problemas que atraviesa hoy a la población “es truculenta” porque considera que “es un país que no tiene arreglo, dado que no hay poder de reacción. Los escraches a los políticos deberían haberlos hechos desde hace tiempo, porque vienen robando desde hace cuarenta años. Es más, yo hace cuarenta años que voto en blanco”, destacó el director.

Ante las posibles soluciones, el maestro explicó: “Personalmente, creo que hay que hacer lo que uno cree que debe hacer, de la mejor manera que pueda hacerlo. Si todos los habitantes del país y del mundo, hicieran lo mismo, las cosas andarían mucho mejor. La situación no es la ideal, lamentablemente, para desarrollar actividades culturales, pero siguiendo una filosofía establecida, nosotros seguimos trabajando y lo vamos a seguir haciendo hasta que podamos. El espíritu es fuerte”.

Nota del Diario El Ciudadano y La Región

24 de marzo de 2002

Sección: Espectáculos – *Al Descuberto*

Periodista: Tamara Smerling

< VOLVER

